

Tiempos medios.

["El Nervión", Suplemento literario, Bilbao, 24 enero
1892].



Tiempos medios

Mis *Tiempos antiguos* me han dado el fruto que deseaba. Tengo cartas de amigos y aun de desconocidos en que me hablan de ellos. He removido las honduras de sus recuerdos y se me quejan de lo parco que anduve al evocar los míos.

Estas cartas, el vivir alojado de mi pueblo en esta ciudad de Salamanca, el deseo de conversar con mis paisanos me movieron á publicar como continuación de mis *Tiempos antiguos*, estos mis *Tiempos medios*.

En ellos narraré los recuerdos de mi bachillerato, que son los recuerdos de muchos otros.

I

El bombardeo de la villa marca el fin de tiempos antiguos y el principio de los medios. De antes de él tan sólo conservó reminiscencias fragmentarias, después de él se inicia el hilo de mi historia.

En el curso de 1875 á 1876, en las postrimerías de la guerra civil, teniendo yo once años, sufrí el exámen de ingreso para entrar en el Instituto.

Es un momento solemne el de la entrada en la segunda enseñanza. Para unos marca el uso del pantalón largo, para otros el del reló, para todos el principio de la edad del pavo y de las concupiscencias del saber. Ibamos á aprender la lengua en que los curas dicen misa, las cosas todas que han pasado en el mundo, á sumar y multiplicar letras pavoroso pro-





digio! los nombres de todos los bichos y plantas que pueblan el mundo, íbamos á probar el fruto de la ciencia, á ser *mayores*, á que el catedrático nos tratara de ustedes, á dar lección particular, á ir por la calle con los libros bajo el brazo!

Hasta el Carnaval de 1876 en que el prentendiente entró en Francia no se apagaron los rescoldos últimos de la guerra. En Octubre del 75, cuando ingresé en el Instituto, quedaban rastros de élla.

Era el año siguiente al bombardeo y seguía instalado el Instituto en la calle del Correo, donde hoy está el colegio de San Luis.

Durante la guerra los cursos habían sido regocijados. El entrar y salir de tropas, las peripecias diarias daban motivo á continuos novillos. Al oír un toque de corneta se daba más de una vez suelta á los chicos. No podía avenirse la enseñanza, que requiere sosiego, con el trajin de aquellos días.

En aquel caseron me matricularon de primero, de latin y geografia.

Teníamos como catedrático de latin á don Santos Barron, que con don Alejo Tresario eran los latinistas. Como sucede en todos los Institutos, nos hacíamos lenguas de la singular competencia de Barron en el latin, decíamos que era uno de los que más sabían en España, otros añadian que en el mundo y como colmo de ponderacion no faltaba quien asegurara que hablaba el latin de corrido, como el castellano.

Conservaba Barron no poco del antiguo dómine, y tenia fama de severo.

Aún recuerdo el efecto que me producía ver á aquel hombron, ya anciano, grueso y alto, con largo leviton, expresando con voz pausada proverbios y dicharachos latinos. Entre estos llevo grabado *el verba repetita general fastidium* que prodigaba tanto.

A los pocos dias de clase sacó cierta mañana de bajo el leviton un cartel con las desinencias de las declinaciones.

Fué grande mi emocion al ver el cartel; era la llave del misterio, el principio de la sabiduria.

Entre mis condiscipulos se contaba el famoso Sabaz, el cándido de aquella famosísima partida que á fines de la guerra atronaba los cantones cantando:





La partida de Sabas, turuntuntun
 La partida de Sabas, turun tun tun
 No tiene miedo, fuego! fuego! etc.

La guerra habia revuelto á la chiquilleria toda, chicos y chicas, el espíritu bélico habia soplado en los mocosuelos. Sabas, Azula, Azcune, eran nombradísimos caudillos; las pedreas frecuentes; las armas piedras, balas de metralla envueltas en un cuero, como las pelotas, y sujetas á una cuerda con la que se les hacia girar y hasta hubo pedrea en que golpeando al piston con una piedra se disparó un cartucho, puesto en el suelo, de los que tanto abundaban entonces.

Las chicas por su parte andaban tambien revueltas, y sobresalian entre ellas las de Iturribide, que habian declarado guerra á las señoritas.

Sobre la desolacion de la guerra se hacia de la guerra juego. El juego es el padre del arte y la poesia. ¡Santo espíritu el de los chiqueuelos que tomando en juego la vida y como espectáculo el mundo, saca la miel de toda triste realidad!

Mi temeroso respeto á Sabas, cuya gorra no se me ha despintado, y junto al cual me sentaba era grande. El efecto subió de punto cuando un día, por burlarse de mi simplicidad, me enseñó en cierto librito que llevaba oculto, cierto grabado. Aparté yo al punto los ojos de ello, pero la impresion aunque fugitiva me dejó eco duradero y profundo. Considerábale como sér diabólico y digno de acaudillar una partida. El por su parte, maldito el caso que hacia de mí.

Me apliqué al latin lleno de ilusion, pero pronto me produjo cansancio. Los primeros dias la novedad del *rosa rosae* me sedujo, pero muy luego no viendo en ello deleite y no logrando traducir la misa, aquellas interminables listas, aquellas tablas de conjugaciones, me enaridescian el alma.

No pude nunca alcanzar á los primeros de clase, y entonces empécé á formarme la idea de que muchos de puro máquinas, incapaces de reaccionar, son aplicados porque como las gallinas tragan cuanto les dan, grano ó chinias. Más tarde he rectificado en parte y en parte ratificado esta idea. Hay sobresalientes que



1.5.2/27

prueban su poquedad y raquitismo de espíritu al aplicarse á una asignatura, texto ó procedimiento que debería repugnarles. El que se aplica á todo, sea quien quiera el profesor y cualquiera el método, dá pruebas de necio amor propio ó de pasividad sin talento.

Las listas de verbos irregulares eran mi mayor tormento. Nos las hacían aprender de memoria, que es como hacer aprender la tabla de logaritmos. Esto no vale lo que cuesta. Es más racional enseñar á deducir la irregularidad, que es posible y aun fácil, y más cómodo manejar la tabla como el diccionario.

Empeñábanse en enseñarnos en dos menudados cursos muchas cosas útiles cuando se escribía en latín, hoy no. Perdí un hermoso tiempo y empecé á consumir la frescura de mi seso.

La niñez es alegre, y sin embargo mi recuerdo de aquél aula, de aquél alto anciano vestido de negro, de aquellas horas de diccionario, es triste.

Tenia ánimo, y esperaba al segundo curso para poder entender el latín.

Me impacientaba la lentitud con que el análisis nos hacía ir en la historia de José vendido por sus hermanos.

De Barrón contábamos mil cosas. Decíamos de él que iba diariamente á hacer la compra, que llevaba á casa en un papel medio besugo, que guardaba las patatas en el sombrero y al saludar se le desparramaban. Añadíamos que al sonarse lo hacía en un papel oculto en el moquero, que para ello se servía de las copias que nos echaba y que por eso nos las echaba tan amenudo.

De la clase de geografía, que la teníamos con Parreño, recuerdo menos. Era, sí, un aula más espaciosa y clara.

Mi anhelo era llegar al segundo curso, ascender, pasar de las arideces de los elementos y llegar á gustar las exquisitas bellezas que decía Barrón hallábanse en los clásicos, recorrer el campo de la historia, y pasar más tarde á la misteriosa psicología.

Me consumía en un ardor infantil de saber



452/27

y en una como tristeza prematura y antinatural, acompañada de anemia física.

¡Cuán instructivo es volver la vista á aquellos días de ardor de la mente tierna! ¡Cuántas veces haciendo exámen de conciencia he meditado sobre los afanes, las fatigas, los desencantos, las tristezas y desilusiones que me ha costado mi grado de bachiller!

Concluí mi primer curso sin brillantéz. En otro artículo recordare un día de exámenes.

En geografía aprendí los ríos de la China, las montañas del Turquestan, los principados del Danubio y hasta los habitantes de las principales ciudades.

Por fortuna, según ha ido cambiando el número de estos, he ido olvidando las cifras que aprendí.

Lo que vá dicho no pasa de la primera estación en el relato del calvario de las ilusiones de mi mente.

Si el lector quiere seguirme iré detallando más segun se aclaran mis recuerdos, á medida que se acercan, procuraré amenizar la narracion con anécdotas y chascarrillos, y darle la miga que pueda con observaciones sobre nuestra desastrosa instrucción pública.

MIGUEL DE UNAMUNO.



~~2.5.2/27~~